



Jornades de Foment de la Investigació

CAFÉ DE FLORE: PARIS EXISTENCIALISTA

Autor

Celia USÓ

CAFÉ DE FLORE: PARIS EXISTENCIALISTA

Pasear por Saint Germain-des-Prés en 1952 era encontrarte a cada esquina con Cafés repletos de gente divagando, variopinta gente que acudía en busca del placer de una buena conversación. Segunda Guerra Mundial. Marcados están todos por esa sin razón, por esa locura. Como era posible que eso hubiera sucedido entre seres humanos, entre iguales, la incomprendibilidad del suceso hace que toda una generación de artistas, filósofos y literatos entren dentro de una espiral sin fin, sin respuestas, pero entre tanta confusión solo una palabra tornaba, una y otra vez: *existencia*. La existencia es como un dato radical, y se revela a toda persona que sinceramente piensa y vive por un sentimiento que habita en el fondo de su conciencia: *la angustia*. El ser humano se angustia cuando ve lo que hay y reconoce lo que de mismo modo *podía no haber*, y la *nada* en que todo se sostiene. El descubrimiento de la angustia, esto es, la percepción de la existencia y de la radical insuficiencia de la visión racionalista, fue antes de este período histórico la aportación fundamental de Kierkegaard, que caracterizará como existencialismo a la filosofía posterior a la Segunda Guerra Mundial.



Pero mucho antes de todo esto, esta zona de París ya empezada a destacar por su bullicio y su inquietud intelectual. Hubo un tiempo en que París fue la capital del mundo. Un tiempo de entreguerras. Supuso el renacer de Francia después de la Primera Guerra Mundial. Los restaurantes y cafés de París, alma de la ciudad y lugar de encuentro de los artistas y la intelectualidad francesa. El desenfado del jazz y el desgarró de la nueva

canción, con el talento incomparable de Léo Ferré, Jacques Brel y Georges Brassens como embajadores de una poesía libertaria e intimista, y una nueva manera de ver el arte y la vida. Surge el existencialismo, que pronto se apodera de las calles y atrae todas las miradas hacia las caves de Saint-Germain-des-Près, donde Juliette Gréco –su musa– interpreta con pasión los temas de los mejores autores de la época. Albert Camus, que desnuda en su obra la soledad del hombre, y cuyo prestigio no ha hecho sino crecer con los años.

El bulevar Saint-Germain con sus Cafés al frente, fue un lugar muy frecuentado por los escritores, desde Albert Camus hasta Julio Cortázar. Existió un lugar clave, un punto de encuentro, donde en los años 39-40, uno podía encontrarse con Jacques Prévert y su «pandilla», con Salvador Dalí que iba allí para destilar sus extravagancias, con Pablo Picasso, sus amigos y su círculo de admiradores. Picasso llegaba por la noche, rodeado de sus amigos españoles. En su libro *Paris c'était hier* la periodista americana **Janet Flammer** recuerda las venidas de Picasso a este punto de encuentro:

Por la noche [Picasso] se sentaba siempre en la segunda mesa, frente a la entrada principal, en compañía de sus amigos españoles. [...] No hacía nada sino beber, a sorbitos, una botella de agua mineral; además de charlar con sus amigos y estudiar a la gente que no lo miraba directamente. Su libación terminada, volvía siempre a casa.

Y este punto, este lugar era la **CAFÉ DE FLORE**:



Situado en el intelectual barrio de Saint Germain-des-Prés, cuna del existencialismo, al atravesar su umbral se puede percibir un perfume que mezcla la filosofía y personalidad que se encargó de impregnar **Simone de Beauvoir**, eterna compañera de **Jean-Paul Sartre**. Junto a lo que ellos llamaban su “familia” se criaron entre risas, cigarrillos y café, una de las corrientes filosóficas más importantes de nuestro siglo. El Flore fue tal vez el más mítico de todos los cafés de la década de los 50 en un París revolucionado y rebelde, aunque no fue el único. A continuación voy a unir a París y a sus míticos cafés a través de un color común y muy significativo: el Rojo Carmesí. Este color será a partir de ahora la columna vertebral que unirá estos locales con esta época. ¿Por qué este color? Simplemente por sus significados: Rojo Carmesí, Rojo Pasión, París ciudad de la pasión eterna y única. Rojo Revolucionario, Izquierda auténtica. Sangre, Existencia: **Vida**.

LOS CAFÉS MÁS SOFISTICADOS DE PARÍS SE VISTEN DE CARMESÍ. ESTOS LOCALES HAN ACOGIDO A CLIENTES QUE HAN ESCRITO ALGUNAS PÁGINAS DE LA HISTORIA

París parece estar eternamente ligada al color rojo a través del mítico Molino de Montmatre. Pero, lejos del "French Cancan", los cafés más sofisticados de la ciudad se visten de carmesí, quizás en un intento por crear un ambiente cálido que convierta a este tipo de establecimientos en una prolongación de la vida casera. Lo cierto es que lo exiguo de los apartamentos parisinos ha hecho de estos locales una institución y un lugar de vida tanto para clientes anónimos como para otros que han escrito varias páginas de la Historia reciente y que defendieron alrededor de un "café noir" unas corrientes de pensamiento "a juego" con la decoración. Sartre, Trotsky, Hemingway o Picasso, como otros miles de personas, eran asiduos de estos cafés, que, un siglo después, se han convertido en imperios comerciales de ámbito multinacional y templos del "glam" y la "beautiful people".

CAFÉ DE FLORE Y LES DEUX MAGOTS: LOS ETERNOS RIVALES. DE IZQUIERDA A DERECHA

Situados frente a frente junto a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, el Café de Flore y Les Deux Magots tienen más de un siglo de historia paralela y de lucha fratricida por ser el café de referencia de la zona más intelectual de París. El quisquilloso enfrentamiento es palpable con un sólo vistazo. El Café de Flore se anuncia en el exterior con letras verdes sobre un toldo blanco, mientras que el vecino opta por letras prácticamente blancas sobre fondo verde. El tapizado de piel roja del primero obligó a su contrincante a teñir sus butacas de granate oscuro, y si el Café de Flore debe su nombre a una diosa ubicada en una plaza cercana, Les Deux Magots son dos dioses orientales que meditan tras la puerta del local. Los esfuerzos le dieron resultado a Les Deux Magots durante varias décadas en las que Oscar Wilde se acercaba a tomar el té, Picasso conoció a Dora Maar y Joyce tomaba vino blanco suizo, salvo cuando le acompañaba Hemingway. En ese caso, elegían entre las 15 marcas de whisky disponibles en la bodega. Pero en los cuarenta la llegada del existencialismo igualó la contienda. El Café de Flore estaba asociado popularmente a la extrema derecha, el otro, a la izquierda. Por ello, cuando Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir llegaron a Saint-Germain-des-Prés, no tuvieron dudas y huyeron como de la peste del Flore -cuartel general de Charles Maurras, fundador de Acción Francesa-. Sin embargo, la presencia de la pareja atrajo a una multitud de turistas y los dos intelectuales prefirieron cruzar la carretera y no volver nunca más, aunque su decisión logró abarrotar ambos locales. El mimetismo entre ellos aún continúa. Los dos establecimientos conceden cada año su propio premio literario y los que fueron cuna del existencialismo son hoy dos multinacionales con filiales en Tokio, Beirut o Shanghai y con boutiques en las que encontrar todo tipo de souvenirs con la marca de la casa. Es el precio de la fama y las imitaciones cobran más caro.

CLOSERIE DES LILAS: LA GUARIDA DE LA REVOLUCIÓN. RECUERDOS DE HEMINGWAY

En el 171 del Boulevard de Montparnasse, tras un frondoso cercado de flores, se esconde La Closerie des Lilas, prototipo del café literario que parece sacado de alguna película de Lauren Bacall inspirada en las novelas de Ernest Hemingway. Y no es para menos, dado que el Premio Nobel eligió una de las mesas de La Closerie para escribir sus relatos, junto a su primera esposa, a principios de los felices años 20. Una placa situada junto a la barra del bar recuerda sus interminables conversaciones con otros asiduos como Lenin, Trotsky o Apollinaire, tras las cristaleras ahumadas que dividen la estancia y bajo la luz rojiza de las lamparitas que salpican el salón. Cuentan que Trotsky y Apollinaire, una vez apurado el último sorbo de café, solían ponerse a prueba como estrategias frente a un tablero de ajedrez. Unas partidas poco disputadas ya que el poeta resultó ser un horrible jugador y Lenin terminaba sumándose siempre al juego para chivarle todos los movimientos. Los enormes espejos, rodeados de madera de caoba cubana, que cubren las paredes de La Closerie fueron testigos de otra de las anécdotas más recordadas, con Alfred Jarry como protagonista. El precursor del teatro del absurdo, decidido a entablar conversación con una dama, tomó su revólver y disparó tres veces a un espejo. Ante el estupor de la señora, Jarry le susurró: «Ahora que hemos roto el hielo, podemos hablar». Los salones, en invierno, y las dos terrazas, en verano, suelen estar abarrotadas de clientes y, sobre todo, turistas. Sus camareros, de negro y blanco impoluto, sirven cada mes más de 2.000 tartar, una de las especialidades de la casa, junto al jamón de Jabugo. La que fuera guarida de la revolución, se ha convertido en un elitista local, con servicio de aparcacoches y menús del día por 45 euros, y Lenin y Trotsky han dejado sus sillones a ‘gente guapa’ como Johnny Deep o Naomi Campbell.

CAFÉ DE LA PAIX: EL ESTILO GARNIER. A LA SOMBRA DE LA ÓPERA

Bajo el Gran Hotel de París, en la Plaza de la Ópera, las puertas del Café de la Paix ven cruzarse a diario a turistas -cámara en ristre-, con maniqués y snobs de perennes gafas de sol. El local nació de los planos de Charles Garnier como una prolongación de la Ópera que lleva su mismo nombre, y en sus 145 años de vida, hotel, café y ópera han formado un triángulo de cultura y lujo para sus sofisticados clientes. Cada uno de ellos ha nutrido de personajes a los otros dos. El Gran Hotel ha dado cobijo a toda la realeza europea, políticos, escritores y miembros de las altas finanzas. Al aroma del café se mezclaban con músicos, libretistas y directores de escena, que tenían en el Café de la Paix su centro de reunión. Grandes compositores dieron vida en sus mesas de caoba rojizo a sus más bellas melodías. El más recordado, Giuseppe Verdi. El compositor de ‘La Traviata’ o ‘Rigoletto’ se convirtió en asiduo del café, junto a su compañera, la cantante Giuseppina Strepponi, cuando le encargaron ‘Les vepres siciliennes’: una ópera dedicada a la Exposición Universal de 1855. El pasado año fueron restaurados los dorados del interior del local, las columnas de estuco y sus altos techos decorados al fresco, así como sus mesas de caoba, que se combinan con gruesas piezas de mármol con pies de bronce. Todo ello se sustenta sobre una espesa moqueta, muy apropiada para hacer más confortable la ineludible cola de entrada. Y es que no importa el gentío que se acumule en el recibidor. Todos los clientes deben ir acompañados por un camarero hasta su mesa o hasta uno de los taburetes de la barra.



En este paseo que hemos dado por los cafés más singulares e insólitos de la década de los 50, situados en edificios emblemáticos en pleno París, podemos ver que los cafés aparecen como templos de la vida literaria y artística, «centros nerviosos de vida intelectual» o política. El Café de Flore y el Deux Magots tal vez sean los más importantes y los que mayor número de intelectuales concentraron, estos cafés se convertirían en los años cincuenta en la oficina y el salón mítico de Jean-Paul Sartre, padre del existencialismo, y de su compañera Simone de Beauvoir. Aunque los cafés ven germinar numerosos pensamientos y sacar a la luz algunos manuscritos, también acogen periodistas para entrevistas, como en el café del hotel Lutétia, muy

apreciado por la revista femenina Elle, o el Café Beaubourg. En este lugar, el mundo de los medios de comunicación, del arte y de la moda se mezclan en un vasto espacio repleto de bibliotecas.

Después de la segunda guerra mundial, París se convirtió una vez más en el enclave perfecto para que surgiera algo nuevo, y lo que surgió fue una nueva corriente de pensamiento llamada existencialismo. Esta circunstancia no era pionera en este rincón del mundo, ya antes a finales del siglo XIX y principios del XX, surgió un fenómeno artístico y cultural llamado la Bohemia, ¿Tal vez en la década de 1950 nació una nueva Bohemia? Sí, París, ciudad eternamente ligada a la transgresión, se convirtió en este momento en la capital de la intelectualidad y por tanto del mundo. La prosperidad económica, que permite el resurgimiento de Francia a pesar de la pérdida de las colonias, hace renacer un París diferente con una nueva manera de hacer cine que se impone en el mundo entero, la Nouvelle Vague, con las figuras deslumbrantes de Truffaut, Godard y Rohmer en primer plano. Y qué decir de la moda, con Coco Chanel a la cabeza, Dior, Givenchy, y el triunfo de lo francés en los años cuarenta y cincuenta que trasladó un estilo y una manera de vivir que todavía perdura.

Son varias las razones por las cuales creo que en la década de **1950** hubo una **nueva bohemia parisina** caracterizada por intentar encontrar un sentido a la existencia del ser humano, las circunstancias requerían tal planteamiento (las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial). Para llevar adelante esta tesis voy a definir en primer lugar qué es la Bohemia.

El término Bohemia nació en el siglo XIX en la obra del romántico Henry Murger Escenas de la Vida Bohemia ("Scènes de la Vie de Bohème") que reflejaba su juventud bohemia y miserable. En vista del éxito alcanzado, realizó una versión teatral, La vida bohemia, en 1849, que sirvió de base a las óperas de Puccini y de Leoncavallo, tituladas ambas La bohème. Murger fue considerado como el maestro e iniciador de la literatura bohemia y su obra Escenas de la vida bohemia, tuvo desde su publicación, entre los jóvenes artistas, una enorme influencia.



La Bohemia es para Mürger una etapa en la vida artística que suele corresponder a la juventud ilusionada, llena de esperanzas e ilusiones. Sin embargo no hay que olvidar que no sólo en el prólogo, sino en el último capítulo del libro (XXIII) las palabras finales del pintor Marcelo pueden y deben entenderse como un repudio de la vida bohemia. Es posible que el autor, quisiera corregir la impresión de que de la bohemia como una vida totalmente alegre y sin problemas. Para él, la bohemia es un prefacio para la gloria o para la muerte y clasifica a los bohemios en varias categorías: los desconocidos, los aficionados y los profesionales auténticos, y sólo en París, según Mürger, puede existir la bohemia artística.

A pesar de todo, la idea colectiva que se tiene del bohemio es la de un artista de apariencia despreocupada, poco cuidada, en contraposición a la fijación de gran parte de la sociedad por la ostentación estética y material, aspectos estos que el bohemio suele considerar superfluos y de menor o de muy poca relevancia. Asimismo, la ocupación de la bohemia tiende a decantarse hacia el mundo de las ideas, el conocimiento, la creación artística, el enriquecimiento intelectual, el interés por otras realidades o manifestaciones culturales.

Partiendo de esta definición ya encontramos dos rasgos que unen a la **Bohemia original** con la **Bohemia Existencialista**: los dos movimientos intelectuales ocurrieron en París y ambos nacen de una necesidad intelectual, artística y humana. Tal vez sean estos dos aspectos los que unen básicamente estos fenómenos culturales y artísticos.

La nueva Bohemia Existencialista, surgida y desarrollada en el mismo escenario que la anterior, París, solo allí es posible un fenómeno así, se convirtió en el foco cultural y social Europeo. Para concluir podíamos resumir que la diferencia entre un período y otro es que la Bohemia original fue un movimiento casi proscrito, taciturno y marginal, donde todo lo que estaba relacionado con la Bohemia era sinónimo de despreocupación e indiferencia social. En cambio, la "Bohemia Existencialista" fue un movimiento intelectual muy preocupado por la situación social y política que le tocó vivir, y tal vez esto es lo que le hizo ser más aceptada y "popular" en su momento, que la Bohemia en el suyo. Por primera vez la intelectualidad y sus discusiones estaban abiertas a todo aquel que estaba dispuesto a escucharlas sentado junto a una taza de café en cualquiera de los cafés del corazón de París, pero **la existencia** de un café era vital para las discusiones existencialistas de un grupo de sabi@s, punto de encuentro en un París único: existencialista, humanista, izquierdista y rebelde. París de la Comuna y de mayo del 68'... nos vemos en el **Café de Flore**.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVES, Octavio: (2005) *El París de los 50*. Madrid, Editorial Espejo de Tinta.
- Asparkia*, num 17, Seminari d'Investigació Feminista. Universitat Jaume I de Castelló. Castellón de la Plana, 2006.
- DE BEAUVOIR, Simone: (1982) *La ceremonia del adiós*. Barcelona, Edhasa.
- DE BEAUVOIR, Simone: (2005) *El segundo sexo*. Madrid, Ediciones Cátedra, S. A.
- DEWEY, John: (1974) *El existencialismo*. Barcelona, Labor.
- Dossiers Feministes: Espais de Bohèmia. Actrius, Cupletistes i ballarines*, num 10, Seminari d'Investigació Feminista. Universitat Jaume I de Castelló. Castellón de la Plana, 2007.
- FONTÁN, Pedro; (1985) *Los existencialismos : claves para su comprensión*. Madrid, Cincel.
- GRÉCO, Juliette: (1984) *Jujube*. Barcelona, Editorial Argos Vergara, S. A.
- GRIMBER, Carl: (1983) *El siglo XX : Las grandes guerras y la conquista del espacio*. Madrid, Daimon.
- MÜRGER, Henry: (2007) *Escenas de la vida bohemia*. Barcelona, Alba Clásica.
- NAVARRO CORDÓN, Juan Manuel y CALVO MARTÍNEZ, Tomás: (1978) *Historia de la filosofía*. Madrid, Ediciones Anaya, S. A.
- VV.AA. : (1988) *Gran enciclopedia Larousse*. Barcelona, Planeta.